

LA FAMILIA
MEDEIROS

Júlia Lopes de Almeida



C A P Í T U L O 1

El tren se había detenido en una de las estaciones de la vía férrea paulista, en el oeste de la provincia de São Paulo. Ajustándose la capa de viaje al cuerpo, Octavio Medeiros se apeó con un movimiento alegre y decidido. Momentos más tarde, el tren partía de nuevo, lanzando al cielo de la mañana, completamente despejado, su silbido estridente y su penacho de humo blanquísimo que se elevaba formando espirales y ondeando como una bandera victoriosa.

Octavio dejó las maletas en la estación y descendió a pie hasta una casa baja, de ladrillos rojos, que tenía las contraventanas venecianas abiertas. En una ventana rodeada de hiedra, dentro de una modesta jaula de alambre, gorjeaba un semillero plumizo, un pájaro cantor que no veía desde hacía muchos años. Y desde el interior de la estancia llegaba el murmullo monótono de la voz de un hombre que leía en voz alta un libro de ciencia sin variar la entonación. Octavio se acercó a la ventana, se apoyó en el alféizar y exclamó risueño:

—¡Buenos días, señor Morton! —El señor Morton se dio la vuelta y fijó los grandes ojos azules en el recién llegado—. ¿Acaso no me recuerda? —continuó Octavio, con una sonrisa en los labios.

—Sí... sí... un momento... ¡Ah! ¡Es usted, señor Medeiros! ¡Pase, mi querido amigo, pase!

El anciano, dando la vuelta por el corredor, salió a recibirlo a la puerta de la calle, tendiéndole, con alegría, las manos a su amigo.

—¿Sabe que usted es el primero al que visito?

—¡Oh, menudo honor! Pero, dígame, ¿lo espera su familia?

—No. Mi padre me animó a emprender un viaje por los principales países europeos cuando finalizara mis estudios, pero, en cuanto terminé, decidí volver. Mi llegada es del todo inesperada. Voy a aprovecharme de usted para recabar cierta información: ¿mis padres están en la hacienda?

—Creo que desde hace más de un mes. Ahora ya entiendo por qué me ha visitado a mí en primer lugar. Tranquilo, no me molesta; es lógico. De todos modos, venga, hablemos mientras le preparan mi caballo.

Después de entrar a dar una serie de órdenes, el señor Morton se sentó de nuevo junto al viajero; se quitó el gorro de seda, dejando al descubierto una amplia calva reluciente, y, pasándose la mano por el rostro afeitado, rompió el silencio:

—En su casa se han producido grandes cambios en su ausencia. Su hermana mayor va a contraer matrimonio; está considerada una de las jóvenes más bonitas de todo el municipio. La otra ha dejado de asistir al colegio de Itu y ahora tiene una preceptora alemana, a la que, por cierto, instruí yo mismo; se trata de una buena mujer, culta y severa.

—¿Y mi madre? ¿Está muy mayor? Ha sufrido tantos disgustos...

—¿Quién? ¿Su madre? Sigue igual que siempre: resignada en los momentos tristes, tranquila en los felices. Me imagino que en algunos casos se reirá y en otros llorará, pero es una mera suposición, ya que nunca la he visto hacer ni lo uno ni lo otro. Por lo general, las mujeres provincianas se cuidan mucho de no mostrar sus sentimientos ¡y su madre parece haberlo llevado al extremo!

—Pero ¿tiene buen aspecto? ¿Se la ve bien dispuesta? —preguntó Octavio, casi rozando la impaciencia.

—Sí, sí.

Por un momento reinó el silencio y luego el anciano le preguntó:

—¿Y sus compañeros de viaje? João Nunes, el Repeinado y... ¿había ido también Rodrigo Costa?

—Costa fue más tarde.

—Ajá... y ¿qué ha sido de ellos?

—Allí siguen.

—¿Estudiando?

—Malgastando...

—¿El tiempo?

—Y el dinero...

—Para eso no hacía falta que se hubieran marchado de aquí. ¡Es increíble! La mayoría de los muchachos que se van a estudiar a Europa regresan de allí igual que se fueron, ¡si es que no vuelven peor!

—¿Y le sorprende? Hay muchas maneras de vivir en las grandes capitales europeas, y casi siempre las más tentadoras son las menos productivas. Yo mismo, que he sido el único de los seis que ha finalizado los estudios, podría haber regresado antes si no hubiera perdido el primer año fascinado por la novedad. A una circunstancia desagradable le debo el haberme reformado...

—No hay mal que por bien no venga...

—Así es.

—¿Y qué circunstancia fue esa? Disculpe la curiosidad de un viejo amigo.

—El duro revés financiero que sufrió mi padre en 1880. Fue un mal año para él: una intensa helada arrasó la cosecha; pero, además, Elias Brandão, que actuaba como su apoderado y comisionista en Santos, quebró y casi nos arrastra con él a la ruina.

—Lo recuerdo bien.

—Pues eso fue lo que me abrió los ojos y me infundió las ganas de estudiar. Me pintaron nuestra situación con colores sombríos y la distancia hizo que pareciera aún más desoladora y horrible; mi asignación se redujo a un tercio y tuve que apretarme el cinturón y cambiar de costumbres. En ese periodo conocí a un estudiante alemán de filosofía, un joven con talento de medios modestos; ambos vivíamos en una pensión de un barrio humilde y barato. Me dejé influir por él y me alejé de mis compatriotas y de los parásitos que se aprovechaban de ellos... ¿Y sabe de qué estoy convencido ahora? De que, con buena voluntad o cierta necesidad, se puede aprender igual de bien en cualquier país.

—No obstante, no crea que se estudia en muchos lugares como en Alemania; con razón la tildan de pensadora. Edward, un viejo amigo mío, viajero incansable y ávido observador, solía decirme: «¡En Francia ríen, en Italia sueñan, en Inglaterra trabajan, en Rusia conspiran, en España hablan y en Alemania piensan!».

—Y debería añadir: «en Brasil duermen».

—Quizá lo dijera, pero ya no recuerdo todas las atribuciones. La de Alemania nunca se me olvidaría, porque para mí el pensamiento es la facultad más hermosa del hombre.

—Opino lo mismo... Aunque estará de acuerdo conmigo, señor Morton, en que a veces el pensamiento inutiliza la acción.

—¿Cómo?! ¡Lo que es inútil es la acción impensada!

—Ciertamente, pero lo que quiero decir es que el exceso de pensamiento absorbe las fuerzas vitales del hombre. Se debe supeditar el intelecto a un método, pero eso no siempre es posible, como ocurre en mi caso, por ejemplo. ¿De qué me ha servido pasar tantos años en Europa estudiando y viendo modelos de arte, si cada uno de ellos ha despertado en mí una necesidad de realizar grandes emprendimientos que nunca podré satisfacer? Porque, mientras estudio uno, el siguiente se me presenta más hermoso y vivo en este eterno vaivén de una idea a la siguiente sin llegar a centrarme nunca en una sola. Siento que jamás llegaré a ser alguien de provecho, justamente porque pienso demasiado.

—¡No diga eso! Usted es joven, inteligente y ha tenido el acierto de optar por la ingeniería, que es la carrera científica más provechosa para su país; ahora ha venido a desempeñar su actividad en una tierra en la que hay mucho por construir y tendrá la oportunidad de observar las enormes... las inmensas ventajas que le reportará la contemplación de esos modelos de arte de los que acaba de hablar. Usted, que se ha dedicado a la ingeniería, que ha visto edificios extraordinarios, puentes, acueductos, iglesias, ciudades enteras de aspecto característico, ruinas, castillos, estilos antiguos y modernos, adaptados a los lugares y a las gentes, ¿de verdad considera todo eso inútil? Se equivoca: la impresión que han dejado en usted las maravillas de Europa vale más que todos los libros y le abre un camino más amplio y mucho más hermoso. Puede que al principio todos esos prodigios provocaran un tumulto en su mente, pero ahora, tras madurar y apaciguar su entusiasmo,

debería ser capaz de admirarlos en su plena magnitud. Mire, no cabe duda de que un pintor avanza más visitando el Louvre durante un mes que trabajando en una ciudad sin museos durante todo un año. Yo, a pesar de ser un anciano, tengo en el alma el prurito de la ambición de recorrer el mundo, de estudiarlo a placer; si no viajo ni veo las maravillas que alberga es por una razón muy sencilla que me lo impide y que es fácil de deducir: la pobreza.

Al hablar, el señor Morton mostraba los dientes blancos y sanos con una tenue sonrisa. Iluminado por la luz que entraba por la ventana delantera, apoyaba las manos pequeñas y regordetas en los brazos de la silla.

—Me sorprende sinceramente que usted, instruido y observador como es, se resigne a vivir en este rincón del mundo, donde me aventuro a afirmar que no sobran distracciones para una mente como la suya.

—Se equivoca, amigo mío; vivo perfectamente bien. La naturaleza del pueblo brasileño es de una amabilidad cautivadora; su franqueza, encantadora; su hospitalidad, única. Si uno no va a vivir en el país en el que ha nacido, no hay patria más hermosa ni en la que sea más fácil encontrarse a gusto. Llevo muchos años aquí y nunca he pensado en marcharme sin sentir una saudade anticipada. Solo una cosa me repugna y me entristece. Y no necesito decirle cuál es, pues ya la adivina, amigo mío. Pero no tardará mucho en desaparecer, porque, Octavio, ahora Brasil ya no duerme, trabaja.

—He seguido con júbilo el movimiento abolicionista brasileño; buscaba con avidez noticias en las secciones extranjeras de los periódicos, continuamente, todo lo que se refería a este gran avance. Sin embargo, desde tan lejos no es posible hacerse una idea exacta de lo que exageran los periódicos ni de lo que se altera en las traducciones.

—¡Cuidado! No vaya a difundir ideas de progreso y humanitarismo en el seno de su hacienda. La abolición se producirá más tarde o más temprano, pero la amistad en la familia, una vez rota, nunca más vuelve a ser verdaderamente sólida.

—¿Por qué dice eso?

—Porque su padre es uno de los mayores enemigos de la abolición. ¿Entiende ahora por qué se lo digo?

—Perfectamente. Seré discreto si me convence de que, a diferencia de lo que dicen los periódicos, mi participación no es en absoluto necesaria en esta santa causa.

Morton estaba a punto de responderle cuando llegó un criado a anunciar que ya estaba el caballo preparado en la puerta.

—Bueno, Octavio, no quiero ser tan egoísta como para retenerlo aquí, debe de estar ansioso por llegar a Santa Genoveva, ¿no es así, mi buen amigo? Quizá quiera un compañero que lo guíe...

—¡No creerá realmente que me he olvidado del camino a casa!

—Tiene usted razón. Si fuera posible llegar hoy a mi pueblo, sería capaz de encontrar el camino a la antigua casa de mis padres con los ojos cerrados. Fíjese que el amor por la familia y por la patria es un sentimiento que se agudiza cuando se está en el exilio, sea voluntario o no. —Luego, echando mano de su reloj, hizo cálculos—. En dos horas estará entre los suyos... ¡Buen viaje!

—Gracias, señor Morton.

—¡Vuelva para cruzar unas palabras!

—Sí, señor. ¡Adiós!

El caballo emprendió la marcha y el sonido de los cascos contra los adoquines acompañó la despedida de Octavio.

El señor Morton regresó a su despacho, se recostó en el sofá de rejilla, retomó el libro y, cubriéndose la calva con el gorro de seda negra, reanudó la lectura interrumpida con el mismo tono monocorde.



C A P Í T U L O 2

Octavio se acordaba de todo al pasar: las casas bajas con la puerta en el centro y el mismo número de ventanas a cada lado; la tienda de Teodoro en la esquina, con piezas de paño rojo amontonadas y fardos de algodón; la botica de Anselmo, el viejo farmacéutico, muy delgado y alto, que leía sentado junto al mostrador, con las gafas encabalgadas sobre una gran nariz aguileña y unos labios finos en continuo movimiento; la escuela de doña María do Carmo, de donde salía la alegre algarabía de los niños pobres; y, al lado, la taberna de Guilherme, el Alemán, ya barrida y con las puertas abiertas: dentro una joven rubia daba el pecho a una criatura aún más rubia, que movía los piecitos en el aire.

De cuando en cuando, se encontraba con algún conocido. No se paraba a hablar, pero sí saludaba, como es habitual entre la gente en el campo. Las viviendas se fueron haciendo cada vez más escasas; vio dos nuevos chalés de estilo suizo en los terrenos del antiguo líder del partido conservador de la ciudad, el mayor Caetano, cuya antigua

casa, en declive, se erigía un poco más allá, rodeada por los muros de la finca, en los que las lluvias habían dejado grandes salpicaduras verdes.

Más adelante, el camino llegaba a un valle angosto. Allí, Octavio encontró a unas mujeres negras con faldas blancas cortas y blusas de escote estrecho que cantaban mientras frotaban la ropa contra las piedras del río, que serpenteaba alegremente como una fina cinta plateada. La siguiente propiedad era la del consejero Bettencourt; en este caso sí que se percibían algunas diferencias: el edificio tenía una planta más, con un balcón sobre el jardín cercado y un desangelado palomar pintado de verde, donde se posaban cientos de palomas que agitaban las hermosas alas y las cabezas produciendo un continuo frufrú. Sobre el muro del vergel de la casa pendían hacia el camino las vigorosas ramas de tres aguacateros cargados de hojas y de frutos. Del lado opuesto, a lo lejos, se erguían unos cerros de color verde oscuro tachonados de piedras claras y, hasta ellos, se extendía un vasto campo con ligeras ondulaciones del terreno, cubierto de hierba amarillenta y bañado por el sol.

El camino se volvió monótono. De vez en cuando, un coche de caballos, que levantaba a su paso nubes de polvo rojizo, descendía la cuesta vertiginosamente; el traqueteo hacía temblar en sus asientos los cuerpos de las señoras, ataviadas con guardapolvos de lino y sombreros de paja adornados con velos de colores. Octavio las saludaba sin reconocerlas. Poco después, pasó un carro de bueyes, cuyo eje emitía tres notas, agradables en la distancia e irritantemente estridentes en la cercanía. Los bueyes, sudorosos y aguijados, bajaban a buen paso; a su lado caminaba un negro, con los pantalones arremangados y la camisa abierta, mostrando el pecho, y, encima, sobre la leña apilada a

gran altura, un niño negro chupaba una naranja, tumbado boca abajo y apoyado sobre los codos. Octavio reconocía esos arquetipos; había pasado allí toda su infancia, tenía recuerdos vívidos de todo.

Después de dejar atrás un manantial, en el que el animal bebió largo y despacio, llegó a una bifurcación: el camino de la derecha continuaba en línea recta mientras que el de la izquierda subía en zigzag y, al ser más estrecho, tenía más sombra. Por esa segunda vía pasaba menos gente, era casi un camino particular, lo compartían únicamente dos o tres haciendas. Octavio tomó esa senda. De ahí en adelante, solo se produjo un encuentro más y fue con un individuo fiel a las antiguas costumbres de los viajeros paulistas: llevaba un gran poncho de color café con leche con rayas blancas, que le caía desde los hombros cubriendo la grupa del caballo; botas hasta la rodilla; espuelas de plata; un sombrero de ala ancha y caída; y una fusta con una gruesa empuñadura de cuero. Detrás de él, a una distancia respetuosa, galopaba el criado, con una gruesa manta de rayas rojas enrollada como una alfombra y colocada delante de él sobre la silla de montar. Después, nadie más. Árboles gigantescos, lianas entrelazadas, trinos agudos de pájaros, aguas cantarinas en abismos perfumados de vainilla, abismos de una frescura deliciosa, engalanados con hojas claras y florecillas de colores.

Transcurrida una hora de marcha, Octavio vio aparecer a lo lejos, en la ladera izquierda del valle, sobre la otra colina frente a él, el campanario de Santa Genoveva y las paredes blancas de la casa de sus padres. El corazón le empezó a latir violentamente; lo embargó una profunda emoción.

Por una de esas extrañas circunstancias que hacen que a veces nos vengan a la cabeza dos cosas diferentes al mismo

tiempo, Octavio recordó su infancia, como si se viera a sí mismo en aquellos días lejanos, cuando regresaba a casa después de asistir a alguna procesión en la ciudad, reclinado sobre las rodillas de su madre, mirando el camino con indiferencia y sosiego; y, mientras ese recuerdo hacía resonar en su alma la dolorosa nota de la nostalgia, recitaba mentalmente los deliciosos versos de João de Deus:

*Vislumbré tu rostro bello,
ese rostro sin par.
Lo contemplé desde lejos, quieto y mudo,
como quien regresa de un destierro duro
y ve subir por el cielo
el humo de su hogar.¹*

¡Cómo entendía ahora la dulzura de ese sentimiento!
¡Con qué alegría y ternura miraba el campanario y las paredes blancas de la casa!

El día se transformó repentinamente; las nubes se arremolinaban y la luz del sol perdía su calidez. Las voces de los esclavos llegaban desde más allá, con un ritmo original e hipnótico, y le reverberaban en el alma como un eco de añoranza. Un poco más abajo, donde el camino hacía un recodo, perdió de vista la casa y el campanario. Por encima de la cabeza, se cruzaban las ramas frondosas de los árboles y el viento desprendía las hojas, que acudían como una caricia a rozarle la mejilla, el hombro o la mano.

Al salir de aquel túnel perfumado y sombrío, se topó con el portón de la hacienda, donde todavía se podía leer,

¹ N. de la Trad.: Fragmento del poema «Adoração», recopilado en *Folhas soltas* (1876), del poeta y pedagogo portugués João de Deus Ramos (1830-1896).

escrito en grandes letras blancas, como antaño, el nombre de «Santa Genoveva», en honor a su abuela.

El caballo, a cada movimiento nervioso del jinete, apretaba la marcha.

Octavio atravesó media legua por el cafetal y más tarde por el pastizal, donde las vacas lamían a los terneros y las cabras huían con pequeños brincos.

Al fondo se alzaba el muro de la huerta; Octavio lo bordeó y entró en un gran patio. Unos niños criollos daban gritos y corrían tras él en procesión, con un periódico en la punta de un palo, a modo de estandarte.

En la puerta del gallinero, a un lado, de espaldas a él, una mujer vestida de tela indiana clara, con trenzas negras recogidas a la altura de la nuca en un moño prieto, lanzaba a las aves puñados de maíz de un cuenco.

«Noemia es una niña», pensó Octavio. «Y Nicota es rubia. ¿Quién será esta joven?»

En ese momento, oyó un grito de sorpresa y, al levantar la vista, vio en la veranda a su hermana mayor, que lo había reconocido.

—¡Octavio!

—¡Nicota!

Desmontó con rapidez y, abrazándose a su hermana, entró en el amplio comedor iluminado por las ventanas de los extremos.

La madre, sentada en una hamaca con las piernas cruzadas, escogía la verdura para la cena, apartando de un cestito a otro los berros y los brotes tiernos de calabacera. Su hijo corrió a abrazarla y la pobre mujer, abrumada por el susto y la alegría, rompió a llorar.

La salita de estudio era contigua y, al oír el alboroto, Noemia, la hermana menor, abandonó la lección,

dejando sola a la maestra, y se lanzó riendo a los brazos de Octavio.

Era una criaturita delicada, sin llegar a ser bonita. Tenía los ojos garzos, el cabello castaño y la tez sonrosada, y era vivaracha y bajita.

Nicota era rubia, alta y de buen ver; tenía el talante solemne y reflexivo de una madre de familia. Era la más bella de la casa y también era la única a quien hasta sus padres parecían respetar.

—¿Y padre? —preguntó el recién llegado a su hermana mayor.

—Está dentro; haré que lo manden llamar.

—¡No! Prefiero ir yo mismo.

Acompañado por su madre y sus hermanas, Octavio recorrió el largo y sombrío corredor del patio hasta una de las habitaciones delanteras. Una vez abierta la puerta, entraron.

Allí no se había producido ningún cambio. Todo seguía igual que diez años atrás; el mismo mobiliario en la misma disposición: el sofá y las butacas frente a las ventanas, el piano cubierto con una pieza de indiana de grandes flores, dos hamacas al fondo, una en cada lateral, y entre ellas, la antigua consola, completamente desnuda de adornos.

El comendador Medeiros dormía en una de las hamacas, con la barriga al aire y la boca entreabierta, resollando; el sombrero de fieltro se le había caído sobre los ojos y el látigo de rabo de armadillo estaba estirado en el suelo.

El sonido de los pasos y de las risitas ahogadas de Noemia despertaron al caficultor, que se quedó atónito al ver allí a su hijo.

—¡Qué demonios! —exclamó, conteniendo la alegría—. ¿Y apareces así, sin avisar?

Se fundieron en un largo abrazo. Luego, Octavio narró todo de forma pormenorizada: cómo había concluido los estudios, lo mucho que ansiaba ver a la familia... y describió el viaje hasta Santos, donde había desembarcado, la subida a la sierra de Cubatão y su impaciencia.

Su madre y sus hermanas lo escuchaban muy atentas, inclinándose hacia él; su padre se desperezaba de vez en cuando para disimular la emoción que lo embargaba.

Al final de una larga conversación, el dueño de la casa dijo, con la mirada puesta en Nicota:

—Su prometido viene a cenar esta noche; el compadre Antunes me ha mandado aviso.

—Ya sé que Nicota se va a casar —respondió Octavio con una sonrisa—; el señor Morton me ha dado la gran noticia.

—¿Y el señor Morton también le ha hablado de Eva? —preguntó Noemia, interesada.

—¿De Eva? No, ¿quién es?

—Es nuestra prima, la hija del tío Gabriel; ahora vive con nosotros —prosiguió ella.

—¡El tío Gabriel! ¿Al final ha hecho las paces con padre? —preguntó Octavio, volviéndose hacia el comendador.

—Ojalá no lo hubiera hecho —replicó este.

—¡Vaya! ¿Por qué dice eso?

—Me ha dejado a su hija, que es...

—¡Un ángel! —intervino Noemia.

—¡¿Un ángel?! ¡Es un demonio más retorcido que el rabo de un cerdo! —concluyó el hacendado, enfurecido.

Nicota sonrió; Noemia agachó la cabeza con tristeza; su madre, impasible, desvió la mirada hacia fuera; y Octavio consideró más prudente cambiar de tema.

Pasaron las horas y las mujeres se fueron: una, a dar indicaciones, y las otras, a arreglarse y a escribir a sus amigas para contarles la llegada de su hermano.

El comendador y su hijo se quedaron a solas y se pusieron a hablar de cuestiones agrícolas. Octavio escuchaba con disgusto a su padre exponer viejas ideas, llenas de rencor y hastío. De vez en cuando, se aventuraba a hacer algún comentario o alabanza sobre las nuevas formas de proceder, intentando no molestarle, como si tratara con un niño. El hacendado repelía con indignación las ideas de su hijo y, apoyándose en ellas, continuaba lanzando disparates contra los reformistas, contra las teorías modernas, contra todo y contra todos.

Octavio sostenía que la agricultura en Brasil debería considerarse una de las cosas más bellas y más dignas de estudio y transformación.

El padre bramaba, profiriendo maldiciones contra los abolicionistas, los «pescadores de aguas turbulentas» y los ladrones. De ahí pasaba a despotricar contra la execrable raza: «¡Los negros huyen, se liberan y el pobre agricultor ni siquiera tiene derecho a quejarse! ¡Infames, sinvergüenzas!».

Aquel lenguaje hería profundamente a Octavio, que en su fuero interno se estremecía de repugnancia y tristeza. Estaba entrando en un terreno peligroso. Se abstuvo de continuar. Su padre podía vociferar a su antojo, pero él se contendría respetuosamente. Esperaba poder derribar, poco a poco, el férreo egoísmo de aquel hombre y verlo finalmente cooperar en esa gran causa de humanidad y patriotismo. Tenía que buscar cuidadosamente las ocasiones propicias para llevar su plan a buen puerto. En aquel momento, por ejemplo, todo sería en vano; el

comendador, demasiado exaltado, no atendería a razones, y él no se veía capaz de enzarzarse en ninguna discusión con el querido anciano a cuyos brazos volvía lleno de alegría. Se contuvo mientras su padre seguía maldiciendo aquella época de abusos y ataques a la propiedad ajena.

—Si se les ocurre venir a Santa Genoveva a los bandidos de los abolicionistas —exclamaba—, ya sé yo cómo los voy a recibir: ¡a tiros! Defiendo mi propiedad, estoy en mi derecho. ¡La culpa también es de las autoridades, que no atan corto a esos perros de los periodistas, que tanto ladran y ladran para que otros muerdan!

En ese momento, alguien llamó delicadamente a la puerta y una voz de mujer preguntó desde fuera:

—¿Puedo pasar, tío?

—¡Maldita sea! ¡Ahí viene la señorita metomentodo! —rezongó el comendador—. ¡Adelante!

Octavio se puso de pie y, retrocediendo un poco, se apoyó en el piano. La puerta se abrió suavemente y dio paso a la misma joven que había visto de espaldas dando maíz a las gallinas.

—Eva, ha venido en muy mal momento... —dijo secamente el comendador.

—No le robaré mucho tiempo.

Octavio, cuya presencia había pasado inadvertida, miraba con atención a la recién llegada.

Era una mujer joven y esbelta, de tez ligeramente bronceada y abundante melena negra. Tenía el rostro ovalado, los ojos rodeados por largas pestañas muy oscuras y facciones armónicas. Caminaba con firmeza y llevaba la cabeza erguida sin afectación ni altivez. Hablaba con voz profunda y mantenía una actitud serena, ataviada con un vestido de percal, escrupulosamente ajustado, que lucía con sencillez.

—¿Qué ocurre? —preguntó su tío.

—He venido a pedirle que perdone a Manoel; prométe ser más obediente de ahora en adelante. ¿Hará que le quiten los grilletes?

—¡No diga sandeces! Deje de preocuparse por esas cuestiones, que no son asunto de señoritas. Si no quiere ver al negro con grilletes, no lo mire.

—No lo hago, pero sigo sabiendo que los lleva y eso me duele.

El comendador soltó una risotada. Un destello de indignación atravesó la mirada de Eva, con rictus contrariado.

—No sé cuántas veces, a petición suya, he perdonado las faltas de los esclavos. Mire, creo que será mejor que vaya a prepararse para la cena; está aquí mi hijo, que ha llegado hoy, y espero la visita de unos amigos en la próxima media hora.

Eva miró serenamente hacia Octavio, a quien saludó con frialdad, sin hacer ademán de aproximarse. Luego, con el tono de quien se disculpa, dijo:

—No sabía que había llegado. Vengo ahora mismo de...

—De alguna *senzala*² —interrumpió su tío burlonamente.

—Así es —confirmó ella—. De una *senzala*. He ido a ver a Josefa, que está enferma. Al salir, me encontré con Manoel, que me pidió que intercediera por él ante usted; le prometí que lo ayudaría y vine inmediatamente.

—No debería prometer lo que no puede cumplir.

Eva miró a su primo, como pidiéndole ayuda. Octavio, aproximándose al caficultor, dijo, conmovido:

—Mi llegada justificará la clemencia que muestre con ese desdichado. En honor a la inmensa alegría de volver

² N. de la Trad.: Alojamiento o lugar reservado para los esclavos en las antiguas haciendas y casas señoriales.

a vernos, le ruego, querido padre, que atienda a las súplicas de la prima Eva.

El comendador fingió reflexionar por un instante y, volviéndose hacia su sobrina, resolvió:

—¡Está bien! Por esta vez lo perdono, pero ¡no me vuelva con estas historias!

—Gracias —dijo Eva antes de abandonar la estancia.

Octavio sintió cómo se avivaba su curiosidad por su prima, a la que nunca había conocido y a la que ahora encontraba bajo el techo paterno, considerada por unos un ángel y por otros un demonio. Dedicó unos instantes a analizar la triste posición de Eva, que se veía abocada a recibir por caridad el cobijo de un techo y el pan de un viejo y acérrimo enemigo de su padre. No obstante, se abstuvo de indagar más en aquel momento en el que el comendador estaba visiblemente molesto con ella. Llegó a la conclusión de que solo recibiría respuestas acaloradas, así que decidió reservarse las preguntas para más adelante, cuando lo viera más tranquilo. De todas formas, en su fuero interno ya albergaba la convicción de que la opinión acertada era la de Noemia: «¡Eva es un ángel!», había dicho ella. Y él la entendía después de haber presenciado aquella escena. Solo los ángeles se enfrentan a la mala voluntad de los poderosos en favor de los débiles y de los oprimidos; solo los ángeles soportan las injurias con humildad cuando la causa que defienden es la de los desafortunados.

Sí, Noemia tenía razón... Eva era un ángel.